

exequias se celebraron con extraordinaria pompa, y en medio de las mas inequívocas demostraciones de dolor.

CAPITULO III.

*Ocupa Moteuhzuma Ilhuicamina el trono de Méjico. Atroci-
dad y castigo de los chalcas. Muere Quauhlatohuatzin
rey de Tlatelolco; y los mejicanos conquistan nuevas pro-
vincias.*

No fué dudosa para los electores de Méjico la eleccion del monarca que debia suceder á Itzcohuatl; pues no sobreviviendo ninguno de los hermanos de este, debia recaer la corona segun las leyes de sucesion en uno de sus sobrinos, entre los cuales ninguno era mas digno de obtenerla que el famoso Moteuhzuma Ilhuicamina. Era este hijo de Huitzilihuitl, y no ménos respetable por sus virtudes, que ilustre por los importantes servicios que habia hecho á la patria.

Hecha, pues, con general aplauso su eleccion, y ratificada por los reyes de Tacuba y Aculhuacan, quienes no solo la aplaudieron, sino que mandaron al nuevo rey presentes magníficos en testimonio del alto aprecio que hacian de sus relevantes prendas, determinó este, luego que se vió libre de la etiqueta que lo obligó á recibir las felicitaciones de la nobleza y los festejos públicos con que se celebró su exaltacion, cumplir con la ley, no se sabe si establecida, ó introducida por la costumbre, de salir á la guerra, y proporcionarse por esta via cautivos que fuesen sacrificados en el acto solemne de su coronacion.

Los chalcas fueron los señalados para dar este terrible contingente de sangre. Y en verdad que si esa bárbara costumbre pudiera descansar en algun principio justificable, ningunos merecerian mas que ellos ser conducidos por Moeteuhzuma á las sangrientas aras de Huitzilopuchtlí. El indigno tratamiento que dieron á este príncipe, prendiéndolo y condenándolo á muerte cuando regresaba á Tezcoco con el carácter sagrado de embajador, justificaban la venganza que quiso desahogar contra ellos en esta vez. Dirigióse, pues, á Chalco, y sin que esta expedicion le costase mucho, logró batirlos y derrotarlos completamente. No pensó por entónces someter la provincia á su obediencia, y volvió á Méjico con un considerable número de prisioneros. Fueron estos sacrificados el dia de la coronacion, la cual se verificó con extraordinaria pompa recibiendo Moteuhzuma muchos dones y tributos de los pueblos conquistados, los cuales se le presentaron por los comisionados que los traian, y que formaban otras tantas cuadrillas cuantos eran los lugares que enviaban, yendo á su cabeza los mayordomos del rey y otros oficiales de la corona. Los dones consistian en oro, plata, plumas, mantas, y gran cantidad de comestibles. No dicen los historiadores si asistieron á esta funcion los reyes de Tezcoco y Tlacopan, aunque es probable que no faltasen á ella.

Apénas hubo empuñado el cetro Moteuhzuma cuando se dedicó á la policia de la ciudad, la cual hermo-
seó con nuevos edificios, entre los cuales el principal fué un templo, en cuya construccion tomó tanto empeño, que no bastando los operarios mejicanos para concluirlo con la brevedad que él deseaba, se dirigió á los